

PRIMER PREMIO CATEGORÍA GENERAL

Carlos Ferrer Hammerlindl

EL

Ahora ya sólo estás a tiempo de huir. Huye. Han perdido las elecciones y aún no han salido los tanques. Huye. La legión Cóndor marca el paso por las ásperas llanuras de España como orugas sobre pinos. Un niño varado en el banco del parque, de tez macilenta y labio belfo, te saca la lengua. Huye. Los paramilitares te matarán, tienes el tiempo justo para tomar el tren que parte hacia Auschwitz antes del atardecer magenta. Huye. Vuelven los heroicos defensores del Alzárar, imposible sabotear el destino que nos encierra. La grácil muerte de los lirios entre cardos es suficiente para extinguir la primavera. Huye. A Miguel Hernández le hacen recoger basura en Orihuela, a Muñoz Seca le obligan a tragarse la oca, le ponen esposas a las rosas salvajes y en sangre ahogan a los peces. Huye. Llega la sublevación de los huecos coroneles, el sueño de las avispas, la teoría del dominó. Huele a infamia. Hay tiros en Granada, en cualquier calle de cualquier ciudad. Nadie controla la dirección de las balas ni el rumor del patio. Huye. Han dibujado esquelas en todas las aceras, en las grietas de las piedras, y hay stock de almas en los escaparates, repletos de alfombras de gusanos. Los vidrios están dispuestos en orden de revista.

El Santbrook crepita en el puerto al borde de un mar de palabras perdidas, donde pululan estibadores de sombras con los rostros de niebla, que cantan “en el mar no hay cadáveres ni muertos, sino el macabro envoltorio de unos huesos, en el mar no hay cadáveres ni muertos, sino la marga fatiga de los marinos viejos, de las noches en vela, de los recuerdos”: Huye. Con la cabeza abandonada sobre las palmas de las manos, tus brazos parecen columnas apuntando un edificio a punto de derrumbarse; sientes el cerebro bombardeado por imágenes inconexas y extrañas, que se fragmentan conformando otras nuevas, fugaces, como una serie interminable de cajas chinas en las que desfilan, desordenadas, escenas de un Apocalipsis temido. Huye. Recorres el bordado del mantel acariciando la rugosidad de las flores, mientras tus ojos se dejan ir tras ese viaje sin destino de los dedos.

Dos golpes en la puerta. Tres cartas sobre la mesa, boca abajo: encierro, destierro o entierro. Temblor, mirada perdida, inquietud, ahogo. Huyes, huyes, la luna está muy lejos y no hay carretera, sólo campos de almendros y polvo en la vereda atrincherada de la árida landa, que huele a ozono y cala como la humedad. La legalidad de la muerte queda en pie y en la crispada arena de su piel, la senda del desdén. La savia amordazada brota estremecida, allá donde reside un deseo de olvido. Las ruinas del odio conforman un paisaje desolado sin imaginación. Se avecinan temporadas sin pájaros, ni siquiera vencejos, y tu sueño será más largo que una noche de hojas de cristal.

ELLA

Te he buscado en las sombras privadas del jardín secreto, en la delgada línea que bordea lo real y lo irreal, en las palabras de seda y en las que encienden los sueños, en el tiempo y la distancia que unen y separan a la vez, en la dulzura de una boca y en el arrebató de un huracán, en la quietud de los puntos suspensivos, en las lanzas obtusas de los relámpagos, en un amasijo de latidos lacerantes, en las caravanas de bengalas que iluminan el silencio, en el rescoldo de la pétrea vanidad, en el grito triunfal de la trompeta, en la palidez de un precioso marfil, en el aliento de los ángeles, en el río donde naufragan los corazones, en las gotas de una plegaria bajo el cielo, en la materia mágica del humo, en la luz de un invisible destello que tu recuerdo entroniza, en la llama que el tiempo consume pero tu memoria aviva, en un aroma de sombra y de misterio, en un intenso perfume de mayo que impregna el aire, en las blancas hojas de las horas, en el blanco narciso al borde de una fuente, en la farola que alumbra toda una geografía de anuncios de neón, en una tarde negra bajo un cielo de tinta, en una copa de cristal de Bohemia llena hasta los bordes de champán, en las estribaciones de la noche y en la orfebrería del instante, en el tiempo imperceptible que se

empecina en estirar el real, en la sala donde suena un vals, en la ecuación de un suspiro, en la caricia de los pequeños momentos, en los pliegues boquiabiertos del crepúsculo, en la realidad vista desde una lágrima y desde una rosa marchita, en el mapa de los territorios de la carne, en el eco acrecentado de unos pasos, en el sabor de una sílaba, en la luna abotonada de unos ojos, en los rutilantes bronce de las cúpulas, en el camino hacia un confín desconocido. Sin embargo, sólo he hallado niebla, como un humo que llana el horizonte, y el miedo que hay después del miedo.